

EL PADRE DE LOS HUÉRFANOS

I

Cuando estaba en París recibí una carta de casa que me comunicaba una noticia extraordinaria: mi amigo Antonio Pellizzari, director durante muchos años de La Scala y dedicado hasta el momento a su trabajo y a sus propios y privadísimos placeres, tan astuto y duro en uno como en los otros refinado e indulgente, había cambiado repentinamente de vida: retirado del teatro, había transformado su villa de Brianza en una institución para huérfanos que él mismo dirigía, y se iba a dedicar por entero, o eso parecía, a la educación de los niños desamparados.

Quien me escribía, ignorando, como tantos otros, la gran amistad que me unía a Pellizzari, se afanaba en contarme con todo detalle por qué los administradores del teatro, molestos por aquella súbita renuncia, no sabían a quién recurrir, y ante la inminencia de la temporada de invierno habían pensado en mí: querían saber, antes de ofrecerme el puesto oficialmente, si yo consideraría la posibilidad de ocuparlo al menos durante un año.

Naturalmente, telegrafíé enseguida diciéndoles que era un honor, que se lo agradecía mucho, pero que ya había dicho adiós *pour de bon* a las candilejas y no había en el mundo nada que me hiciera cambiar de parecer. ¡La Scala! Y pensar que ese había sido siempre mi sueño... Treinta o cuarenta años atrás, cuando trabajaba en el Metropolitan, cuando en las noches de invierno, al acabar la representación, salía a Times Square en medio del viento gélido que recorría la calle 42 desde el Hudson al East River, ¡cuántas veces no habría cerrado yo los ojos un instante añorando la plaza de La Scala, la niebla y el olor familiar del diciembre milanés, recordando las luces discretas y la tapicería roja de mi querido Cova: una ensalada de trufa, un arrocito *al salto*, una bote-

llita de champán, alguna muchacha atolondrada...! Pero yo ya era viejo y el Cova también, y estábamos pasados de moda. Por fidelidad a aquellos deseos lejanos y todavía intactos, debía renunciar. Sin embargo, Pellizzari era mucho más joven que yo, y aunque había tenido la suerte de llegar allá donde yo no había podido, gozaba de una fama inferior a la mía: si accedía a sustituirle, me rebajaría. Así que no dudé en rechazar la propuesta. Volví a leer la carta y pensé en ello: no en la oferta de los administradores de La Scala, sino en la misteriosa conversión de mi misterioso amigo.

A los pocos días de aquello tuve que regresar a Italia, y durante las aburridas horas del viaje, largo y solitario (yo siempre he viajado en tren: entonces y ahora) el argumento que más me interesaba y al que siempre volvía era el mismo: ¿cómo podía ser que Pellizzari se hubiera convertido? Mejor aún: ¿de verdad se había convertido? Siempre he desconfiado de las conversiones, sean las que sean, y la experiencia me ha dado la razón. No creo que el hombre, ningún hombre, pueda cambiar de verdad en lo más profundo de su ser. Y siempre que he podido me he divertido descubriendo en el Ciappelletto de hoy al Ciapa-

relo de ayer, en el creyente de cuarenta años al escéptico de veinte, y viceversa. Sí, viceversa también.

*Maintenant il aime Dieu comme auparavant il aimait ses maîtresses*¹, dice, creo, La Rochefoucauld de Racine converso.

¿Cuáles eran los amores de Antonio Pellizzari?

Aun conociéndole desde su juventud y habiéndole tratado diariamente cuando me sirvió de ayudante durante una *tournee* por América Latina, no podría responder a esa pregunta como no fuera mediante conjeturas propias y cotilleos ajenos.

Esta reserva, o este misterio, esta corrección gélida y elegante con que ocultaba su vida privada, ¿qué sentido tenían? ¿Era acaso insensible, indiferente, impotente? ¿Era un hombre sin pasiones ni necesidades? ¿O es que necesitaba creer en su propia explicación y no dudar de ella?

Cada vez que uno de sus pocos amigos —yo el primero— curioso e imprudente, se arriesgaba a preguntarle algo al respecto, Pellizzari sonreía de pronto con exagerada calma y ex-

¹ «Ahora ama a Dios del mismo modo que antes amaba a sus queridas». (*N. de la T*)

traña afabilidad, dejando claro que no se ofendía (precisamente cuando la pregunta le daba, en el fondo, todo el derecho a ofenderse), y respondía que aquellas eran cuestiones que competían exclusivamente a su persona y, por lo tanto, no veía el interés que suscitaban ni razón alguna para hablar de ellas; luego añadía que si todos se comportaran como él, el mundo iría mucho mejor, pues sería realmente un mundo civilizado. Una persona de bien, concluía, no le cuenta a nadie, ni siquiera a un amigo íntimo, con quién ha pasado la noche. Se entiende, entonces, que si entre bromas se veía obligado a hacer una confesión anónima e inofensiva, no rehusaba hacerla y citaba, entornando los ojos con una vaga expresión libertina, a alguna alegre muchacha, de todos conocida y de probada accesibilidad.